

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Mauricio Beuchot, *Ensayos marginales sobre Aristóteles*, Instituto de Investigaciones Filológicas: Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 22, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985; 191 pp.

A pesar de tener un nombre tan poco pretencioso, este libro no es una mera colección de ensayos marginales sobre Aristóteles, sino más bien una reconstrucción sistemática de la filosofía del Estagirita elaborada principalmente sobre dos bases: (1) un profundo conocimiento de los textos de Aristóteles; y (2) un profundo conocimiento de la filosofía analítica contemporánea. En efecto, el autor, Mauricio Beuchot, es conocido en el mundo de habla hispana por haber producido una buena cantidad de artículos que conjugan lo mejor del pensamiento escolástico con los temas y motivos que han animado a la filosofía analítica. Me parece que este libro debe ser visto como una contribución a la recuperación del pensamiento de Aristóteles para la filosofía actual, tarea que cada época está necesitada de hacer.

El libro de Beuchot consta de ocho ensayos aparte de una introducción y una extensa bibliografía. En el orden en que aparecen en el texto los ensayos son (1) *La teoría del lenguaje*, (2) *La teoría de la argumentación*, (3) *La teoría de la ciencia*, (4) *La teoría del ser*, (5) *Esencia y ser*, (6) *Las categorías*, (7) *Las causas*, (8) *El derecho natural en la ética*. Se trata de ensayos escritos en un castellano claro y correcto, en los que abundan referencias a autores contemporáneos, entre quienes se encuentran desde filósofos como Quine, Kuhn o Hintikka hasta autores europeos expertos en aspectos específicos de la metafísica de Aristóteles.

La elección del orden de los ensayos no es arbitraria y ya de entrada revela a su autor como un pensador forjado en la tradición analítica del siglo XX, para la cual la *Philosophía prima* (al menos en el orden del filosofar) no es la metafísica, sino más bien la filosofía del lenguaje. La estrategia de Beuchot es clara: elevarse a la ontología a partir de la semántica y la teoría de la ciencia para luego fundamentar la ética en el derecho natural.

Desde un punto de vista lógico, el concepto central, en términos del cual se ordena toda la presentación de la filosofía aristotélica que hace Beuchot, es el concepto de forma. Esto es cierto no sólo

para la teoría del ser, donde dicho concepto juega claramente el papel estelar, sino incluso en la teoría de la ciencia. Como dice Beuchot,

Esta es la idea central y como el núcleo y la clave del paradigma o modelo general de la ciencia aristotélica: la presencia de la forma o causa formal como el objetivo y el medio del procedimiento científico (p. 47).

Siendo tan importante el concepto de forma, hubiera cabido esperar que Beuchot dedicara una buena porción del libro a introducirlo, explicarlo y sobre todo a hacerlo plausible a los lectores que no están previamente convencidos de su viabilidad (como es el caso, me parece, del hombre de hoy). No hay, sin embargo, tal tratamiento en el texto, y Beuchot le dedica sólo comentarios casuales como el que aparece en la página 55: "el fundamento real del que se extrae el universal por abstracción intelectual, y que radica en la cosa concreta, es la forma". O bien como el que está en la página 151: "es la forma (*causa formalis*) la que hace que todas las propiedades del sujeto le pertenezcan, que constituyan algo unitario o idéntico consigo mismo". Me parece que un estudio que está tratando de acercarse a la filosofía del Estagirita necesita mucho más que esas breves formulaciones para captar el sentido y la importancia de ese concepto.

El concepto de forma es oscuro para la mente contemporánea y se halla muy desacreditado en muchos de los medios filosóficos del mundo de habla hispana. Yo creo que es necesario y urgente construir una argumentación basada en el conocimiento actual, sobre todo en el conocimiento científico, que clarifique el concepto y muestre su necesidad para la comprensión del mundo real, pues sólo una argumentación de ese tipo podría eliminar las barreras que impiden su comprensión y, por lo tanto, la comprensión de la filosofía de Aristóteles que Beuchot nos propone.

Una vez que el concepto de forma ha sido entendido, es más fácil seguir el texto de Beuchot cuyo principal mérito es, justamente, el de ordenar el pensamiento de Aristóteles alrededor de dicho concepto. Así, por ejemplo, en la teoría de la ciencia la forma es lo que permite explicar el conocimiento:

el conocimiento consiste en apropiarse de la forma y dejar de lado la materia y los aspectos individualizantes que la acompañan; es pasar de la empiria a la intelección y al raciocinio (pp. 53, 54).

Mientras que en la metafísica la forma no es sólo una de las causas del ser, sino la "más importante", ya que, dice Beuchot,

la forma es la [causa] que da coherencia interna al ser que se produce, estructurando la materia que le da la individualidad, y esto es constituir al ser mismo; por eso las causas material y formal son llamadas "*causas intrínsecas*". Así, la causa formal es la más constitutiva del ser, aunque la causa final es la que da el orden a las causas (p. 151).

Así, según Beuchot la filosofía de Aristóteles se dibuja alrededor de los siguientes grandes trazos. El ente se divide naturalmente en categorías, entre las que tiene preeminencia la sustancia individual, siendo las demás modos de ella. Las sustancias más propiamente dichas son los entes incorruptibles, i.e. Dios y (Aristóteles creía) las esferas celestes. Las demás sustancias individuales, las que se hallan en la esfera sublunar, están sujetas a generación y corrupción, y es posible distinguir cuatro causas en conexión con ellas: la causa material (la materia del ente), la causa formal (la forma del ente), la causa eficiente (lo que produjo al ente) y la causa final (la finalidad del ente). Las sustancias materiales se agrupan naturalmente en especies, lo que aproximadamente se conoce actualmente como clases naturales, siendo el hombre una de estas especies. Así, el hombre es un ente natural que posee en realidad determinadas peculiaridades en las que se funda la justicia o el derecho natural, por una parte, y la necesidad de la ciencia, i.e. del conocimiento en general, por otra. En otras palabras, el hombre tiende por naturaleza a conocer y a integrar su conducta en un orden fundado en principios universales de justicia. Si bien Aristóteles no sistematizó dichos principios, sí postuló un derecho natural, aunque contradictoriamente lo limitó al ámbito cultural griego. Beuchot se refiere a este sorprendente error de Aristóteles como "su exclusivismo cultural griego" (que en la actualidad nos recuerda el doble estándar de la moral norteamericana), el cual —agrega— es

desconcertante en medio de su búsqueda de la unidad universal natural de toda la especie humana, que implica identidad o igualdad ontológica entre los individuos de la especie —a nivel ontológico—, sean griegos o bárbaros. Aristóteles no dejó una ética aplicable a todo ser humano con valor pleno de igualdad. No importa aquí el que haya distinguido grados en la perfección dentro de la misma especie, sino el que imposibilitó a determinados especímenes para alcanzarla (p. 180).

La racionalidad del hombre —que es su diferencia específica— se manifiesta en el pensamiento del mismo, el cual da lugar al lenguaje (p. 16). Beuchot explica con bastante claridad en qué consiste según Aristóteles lo natural de cualquier lenguaje (en significar entidades mentales, que son las mismas para todos los hombres),

y en qué lo convencional, pero no conecta de manera explícita el acto de intelección de la forma, que es la que efectúa la captación del universal para Aristóteles (según nos dice el autor en las páginas 44 y 45), con la constitución de las entidades mentales que fungen como significados inmediatos de los términos lingüísticos. Parece que esta conexión puede establecerse identificando este acto de intelección o de abstracción con el modo en que las cosas son conocidas por la mente según Aristóteles, pues dice Beuchot:

Aristóteles llamó a la palabra oral y escrita simplemente "signo", mientras que a los conceptos, a pesar de ser también a su manera signos, los llamó propiamente "semejanzas". Podemos explicar la causa de esto. Las cosas son conocidas por la mente mediante cierta semejanza de éstas que se da en el sentido o en el intelecto (p. 22).

Si a lo anterior agregamos que la forma es el principio de la demostración deductiva y —como dijimos antes— el objetivo y el medio del conocimiento científico, entonces veremos cómo el libro de Beuchot nos muestra, utilizando este crucial concepto, la profunda unidad de la filosofía de Aristóteles. Creo que éste es el principal mérito del libro.

ADOLFO GARCÍA DE LA SIENRA